

Para no alargarme, corto aquí las citas, que podrían ser cientos. Y traigo algunas coincidencias en el tono amoroso. Ahmet Hasim, ya citado, dice en **Centelleo**: “La he contemplado en silencio, desde lejos, / mientras se reflejaba ese río sobre ella”. Necip Fazil Kisakürek grita en **Codicia**: “Pide, si quieres, socorro al mundo entero. / Estamos tú y yo solos en la tierra”. Y Kemaleddin Kami Kamu susurra en su **Epitafio**: “Su principio y su fin eran la verdad. / Y la he perdido persiguiendo a una mortal”. Yasar Nabi Neyir, dice en tono casi “piedracielista”: “El mar, esta noche, se animó en tus ojos / y desde tus ojos azules te has confundido con el mar”. Hay también, ya lo dije, un común tono de nostalgia y de tristeza en esta poesía turca de ahora. ¿Qué son si no, esos versos de Ziya Osman Saba en **Mi infancia?**: “País que se perfila en mis ojos, / nostalgia ya infinita para mí, / inmensa tristeza mi infancia”. Y los de Cahit Sitki Teranci, en **Noche en los espejos**:

“De nuevo, solos con nosotros;
de nuevo, solos; totalmente solos.
Aquello es el día que termina:
no nos ha dejado ni luz, ni color”

También Sabahattin Kudret expresa su tristeza en **Hasta la mañana**:

“Abro mi ventana a la noche,
y de pronto
la nostalgia se apodera de mí”.

¿Y qué decir de las palabras terribles de Cahit Sitki Taranci en **Después de la muerte?**: “Si la buscamos, no encontramos nuestra sombra. / Sobre cualquier agua que nos inclinemos, / ya no estamos”.

Toda antología es incompleta, pues está hecha al gusto de su autor; además, en un libro de 153 páginas era imposible recoger toda la poesía turca contemporánea. Ya lo advierte el antologista en el prólogo: él eligió a los poetas inspirado únicamente en sus propios gustos, en sus preferencias y solas opiniones.

Lo que importa en las antologías es su balance final. El de esta de Soliman Salom es ampliamente favorable tanto al antologista como a la poesía de su país.

EN TORNO AL TEMA DE LA HORA

HERNANDO LOPEZ NARVAEZ

Dentro de breve tiempo, tal vez a finales de este mismo año de gracia de 1961, el hombre arribará a uno cualquiera de los mundos que forman nuestro sistema planetario. Ante el anuncio soviético de que en próxima fecha Rusia lanzará un hombre al espacio, ya se puede registrar el hecho.

Los comburentes y combustibles elaborados por químicos expertos en pirotécnica ultraestelar, permiten desplazamientos a velocidad del orden de los mil kilómetros por segundo, lo cual significa que por el momento nos hallamos a seis horas de Eros —el asteroide que se bambolea entre Marte y la Tierra—, a once horas de Venus y a quince de Marte.

La densa y conturbadora frase de Pascal: “el silencio de los espacios infinitos me aterra”, en la que tanto payo para su hipótesis ha creído encontrar la vistosa y desigual capilla del existencialismo, yace hoy obsoleta y tan desprovista de contenido como el propio vacío a que alude; al pasmo metafísico que promueve el ambiente nocturno y su pitagórico rumor, lo sustituye ahora una incomprensible ansiedad por develar su lobreguez y su misterio.

La generación de los veinte años, esta de los astronautas del futuro inmediato, frente a la viva palpitación del firmamento, ante la sorda y titilante profundidad de la columna cósmica, no siente ya aquel estremecimiento de pavora y elación teológica, aquel llamado silencioso a la meditación, aquella inexpresable y conmovida esperanza por la cercanía de Dios que experimenta quien deje vagar la mirada bajo “la alta noche de diamante o de enlutecido azul” —que dirían los poetas— o aquel que alguna vez, provisto de ade-

cuado instrumento, ha contemplado el llamear de Sirio o presentado —más que observado— el voltear de los anillos de Saturno.

Si la ciencia consigue eludir la ley de la atracción universal gracias al hallazgo de la materia ingrávida, y si se logra, además, alcanzar una velocidad como la de la luz, potencialmente estará el hombre en capacidad de revisar objetivamente su propio pasado, con lo cual habría establecido que lo único que existe, verdad, real e irrecusablemente, es... lo que fue. Cuando tal experimento háyase cumplido, nuestra celda geométrica de las tres dimensiones euclidianas quedará destruída también, la cronología descoyuntada, puesto que se haría palmaria la incongruencia que existe entre los lapsos que transcurran en las regiones siderales y los que registre la relojería terrestre.

He aquí, pues, cómo aún las formas "a priori" de la intuición empírica, o para traducir a lenguaje de cristianos, la esotérica jerga filosófica, los supuestos fundamentales de todos nuestros conocimientos: el tiempo y el espacio, a punto se encuentran de ser orillados en la senda dialéctica, por inservibles.

Simultáneamente con esto, la microbiología se halla dedicada a la pesquisa de encontrar el orificio por donde la materia inanimada, saliéndose de su reino, se coló al vivo de la célula y de los organismos. Se trata de descubrir en proteínas, coloides, protoplasmas y fermentos, la esencia de la vida y el origen del pensamiento. Sin duda, en el fondo de toda cuestión científica o filosófica, se agita apasionante y milenario este problema del albor humano, pero no hay que olvidar que indemne a la retorta, al micrótopo y a la lente electrónica, ese interrogante ha permanecido y quizá permanezca por siempre incontestado, porque en ese "quid" se alberga inescrutable el secreto de nuestro destino.

Sistemas y teorías, doctrinas e hipótesis: racionalismo materialista; neutralismo agnóstico; existencialismos creyente y ateo; panteísmo idealista; idealismo hegeliano o neokantiano; nómeno y fenómeno; esencia y existencia; extensión y materia; "dasein" "mundanidad"; dogmas sobre el ser "en sí" o "para sí"; espesa niebla que sube del cerebro de los pensadores, toda esa sutil e ingeniosa utilería metafísica con que desde hace seis mil años ha venido di-

virtiendo y torturando su magín la paradójica criatura del Señor, puede considerarse trabajo perdido; cordillera de iucubraciones que va hundiéndose al peso de nuevos conceptos dotados, desde luego, de una mayor exactitud sobre el mundo físico que nos rodea, y de nuevas estructuras epistemológicas del raciocinio. Tal es el paisaje espiritual de hoy día.

¿Qué asidero, qué refugio le resta entonces a la menesterosa inteligencia humana si la dizque sabe que todos los entes corpóreos: el globo terráqueo con todas sus dependencias y anexidades, avanza con paso ineluctible hacia el "océano de Dirac", hacia el vórtice de la antimateria (premonición secreta y causa eficiente de la angustia universal, según algunos filosofastros profetas), y de otra parte advierte que el resultado de sus más denodados esfuerzos mentales se está desvaneciendo?

Solamente uno: el humilde retorno al análisis de la propia sustancia espiritual y de sus posibilidades. La serena inmersión en el ámbito de las esencias puras. El estudio final de los valores conocidos, como objeto y sujeto que es el hombre de toda axiología. En síntesis, la indagación y encuentro de la razón última de su presencia en el mundo.

Lo demás será el alucinante despliegue de las ciencias de la naturaleza; el vértigo de los descubrimientos tecnológicos que traen comodidad y exaltan el orgullo de nuestros semejantes; el progreso material indefinido que al mostrar y demostrar el poderío y la grandeza del ingenio humano, ratifica su origen sobrenatural, pero que nunca mitiga la sed de infinito, ni puede otorgar aquel íntimo sosiego con que el hombre ha vivido soñando desde que tuvo conciencia y memoria de su propio ser.

BIBLIOGRAFÍA